

Las furias de la guillotina: tras el rostro femenino de la Revolución Francesa

Isabel Cristina Cardona Sarasty



El hábito puede llegar a familiarizar a los hombres con la violación de sus derechos naturales, hasta el extremo de que no se encontrará a nadie de entre los que los han perdido que piense siquiera en reclamarlo, ni crea haber sido objeto de una injusticia.(...) Por ejemplo, ¿no han violado todos ellos el principio de la igualdad de derechos al privar, con tanta irreflexión a la mitad del género humano del de concurrir a la formación de las leyes, es decir, excluyendo a las mujeres del derecho de ciudadanía? ¿Puede existir una prueba más evidente del poder que crea el hábito incluso cerca de los hombres eruditos, que el de ver invocar el principio de la igualdad de derechos (...) y de olvidarlo con respecto a doce millones de mujeres?

Condorcet¹

La historia que conocemos ha sido protagonizada y contada por los hombres. Generalmente, escuchamos narraciones fabulosas donde algún héroe salva un poblado, rescata a una damisela en peligro y devuelve la paz a la gente; por otro lado, la historia patria nos enseña que hombres valerosos han luchado tenazmente, han arriesgado sus vidas para lograr las libertades y derechos que poseemos en la actualidad. En la mayoría de los casos, el papel de las mujeres queda relegado al de simples acompañantes o amantes, recordando el dicho “detrás de todo gran hombre, hay una gran mujer”, siempre detrás y dependiendo de los hombres; parece ser que para la historia ha sido difícil asumir el importante rol que han tenido las mujeres en los cambios y transformaciones del mundo, otorgando sus luchas a los hombres, e incluso, en la mayoría de los casos, omitiendo esa parte femenina de la historia.

Sin negar la importancia de las luchas anteriores, la Revolución Francesa ha sido tal vez el acontecimiento en el que más se ha destacado la participación política de las mujeres, su organización y trabajo colectivo hecho con miras a lograr una real igualdad con respecto a los hombres. En este artículo abordaremos parte de la vida de algunas mujeres cuya lucha intensa ha sido olvidada; de ellas no se han hecho homenajes, no existen monumentos, simplemente dejaron de existir y se borraron de la memoria incluso de las mismas mujeres. Ahondaremos un poco en la historia de una mujer en especial, protagonista en las luchas y en la vida política de Francia durante la Revolución: Théroigne de Méricourt.

La hermosa liejana

*Avez-vous vu Théroigne, amante de carnage,
Excitant a l'assaut un peuple sans souliers,
Le joue et l'oeil en feu, jouant son personnage,
Et montant, sabre au poing, les royaux escaliers².*

No admite discusión que la participación de las mujeres en la Revolución Francesa fue considerable; algunas intervenían activamente en las reuniones y las discusiones políticas que se suscitaban en los clubes y asambleas; otras, las menos letradas, luchaban junto a los hombres para defender los ideales revolucionarios de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Fueron las mujeres del mercado las que pelearon en La Bastilla; fueron ellas quienes en vista de la escasez de subsistencias, se organizaron para pronunciarse contra la carestía del pan, se dirigieron a Versalles y exigieron el regreso del rey a París, y se armaron en su momento para combatir a los enemigos de la Revolución. Una de las mujeres más emblemáticas en la lucha armada en Francia fue Théroigne de Méricourt a quien Alfonso de Lamartine describe como “una mujer joven y hermosa, vestida de hombre, que con un sable en la mano y un fusil a la espalda iba sentada (hacia el cuartel de las Tullerías) sobre un cañón que arrastraban los jornaleros, con los brazos desnudos”³. En palabras de Carlyle, era una mujer “impetuosa, seductora y terrible”. De carácter fuerte, con un profundo rencor hacia un hombre que la enamoró y la abandonó, y al que luego en Francia, ya en la Revolución, vuelve a encontrar, le niega su perdón y lo hace perecer en los asesinatos de septiembre, tuvo un pasado inevitablemente dudoso, pues se dice que al verse abandonada a temprana edad se vio involucrada en la vida cortesana, aunque era por todos conocido que, a pesar de la renta que le otorgaba el marqués de Persan, de ningún modo concedía libremente sus favores; únicamente recibía a algunos hombres ricos y el dinero iba casi intacto a las causas de la revolución. Su pasión era la política, no el amor.

En Francia conoce, por medio de Mirabeau, a varios personajes importantes de la Revolución: Dantón, Siéyes, Camilo Desmoulins, entre otros, que despertaron en ella el fuego y la pasión por la Revolución. Siempre participaba enérgicamente en las reuniones y asambleas y tomaba parte en las insurrecciones; combatía en las batallas e



Declaración de los derechos del hombre

instaba a las mujeres a armarse y pelear. Se acompañó siempre de las mujeres más humildes y de los niños; tenía una gran elocuencia, e incluso ejercía tanta influencia entre los asistentes, que un solo gesto suyo condenaba o absolvía a las víctimas. Los realistas temían encontrarla a su paso. Théroigné de Méricourt fue una de las primeras en exigir que las mujeres de París, como los hombres, portaran armas. Se atrevió a proponer públicamente en un club fraternal la creación de un regimiento de “amazonas” que contara con un duro entrenamiento, igual que el de los hombres combatientes. Una de las alocuciones más recordadas por ser prácticamente un manifiesto feminista decía:

Armémonos, mostremos a los hombres que no somos menos en el coraje o la virtud... elevémonos al nivel de nuestros destinos y rompamos nuestras cadenas; es hora de que las mujeres abandonen el vergonzoso estado de nulidad e ignorancia al que las condenaron por tanto tiempo la arrogancia y la injusticia de los hombres. Retornemos a los tiempos en que las mujeres de Galia discutían con los hombres en las asambleas públicas, y luchaban lado a lado con sus maridos contra los enemigos de la libertad. Nuestra conducta en Versalles el 5 y el 6 de octubre y en numerosas ocasiones decisivas e importantes después demuestran que no nos son ajenos los sentimientos nobles y

magnánimos... ¿por qué no podemos competir con los hombres? ¿Sólo ellos merecen la gloria?... también deseamos obtener una corona cívica y reclamar el derecho de morir por la libertad, una libertad aun más cara para nosotros, pues nuestros sufrimientos bajo el despotismo han sido más hondos⁴.

Era una mujer comprometida con la Revolución: mientras más sangrienta fuera, más entrega había por parte de Théroigne. Era la primera en llegar a las asambleas y la última en salir; era quien daba la señal para las aclamaciones y los aplausos, o para el disenso que se generaba. Fue aclamada por muchos, incluso en su periódico *Les Révolutions de France et Brabant*, Camille Desmoulins la describió así:

Me disponía a salir, cuando el ujier anunció al presidente que una joven pedía entrar en el Senado. Era la celebrada Mademoiselle Théroigne, que había venido a pedir la palabra y proponer una moción. Se la aceptó por unanimidad en la barra. Un miembro, dominado por el entusiasmo al verla, exclamó: es la reina de Saba, que ha venido a ver al Salomón de los distritos. Sí, replicó Mademoiselle Théroigne, apoyándose con mucho aplomo en las palabras anteriores, la fama de vuestra sabiduría me ha traído aquí. Probad que sois en efecto Salomón, que vuestra prerrogativa es construir el templo y que no perderéis tiempo en levantar el templo de la Asamblea Nacional⁵.

Su propuesta era construir un templo de la libertad sobre los cimientos de La Bastilla, y fue bien recibida en la asamblea, lo que hizo que ganara los honores de la sesión.

En otros sectores, entre ellos en la prensa realista, era vista como una loca cortesana; frecuentemente se publicaban dibujos donde salía dando a luz un niño a quien se denominaba como el embrión nacional, y alrededor varios personajes representativos de la Revolución disputándose la paternidad; luego el niño decía: “todos vosotros os disputáis el honor de haberme engendrado, y todos habéis contribuido. Lo juro por las

virtudes cívicas de mi madre”. Aun así, y a pesar de ser una mujer excéntrica, bastante exhibicionista y poco educada para habitar seguramente su entorno político, fue una de las mujeres más amadas y seguidas por las mujeres del común, e incluso de los niños, quienes siempre le siguieron y pelearon a su lado. Pero la caída de los Girondinos fue el acontecimiento que la llevó a pensar que era hora de que la Revolución llegara a su fin, y las mujeres que la acompañaban —las “furias de la guillotina”—, al creerla una traidora de la Revolución,

desnudaron a la hermosa liejana y la azotaron en la explanada de las Tullerías el 31 de mayo. Este castigo más infame que la muerte misma, la volvió loca. Recogida del fango y encerrada en la celda de un manicomio, pasó en él veinte años, en un constante acceso de furor, no permitiendo jamás, impúdica y sanguinaria, que la vistiesen, en recuerdo del ultraje que había recibido⁶.

Al respecto escribió Michelet: “Era un espectáculo que desgarraba el corazón, ver a esta criatura encantadora y heroica que había caído más bajo que una bestia... complació a los realistas creer que era la venganza que Dios se tomaba con la mujer cuya fatal belleza había embriagado la Revolución en los primeros tiempos”⁷.

Tal vez el mayor obstáculo para el reconocimiento de la lucha que a través de la historia han protagonizado las mujeres sea la falta de memoria, la incansable insistencia de la humanidad por borrar esa parte femenina de la historia. No es gratuito que al hablar de la Revolución Francesa nos olvidemos de mujeres



Anónimo, Théroigne de Méricourt, Colección Roger Viollet, Museo Carnavalet.

como Théroigne, Olimpia de Gouges, Charlotte Corday; que al hablar de los sucesos ocurridos en Latinoamérica olvidemos a Manuelita Sáenz, a Adelita, a las hermanas Mirabal o a Flora Tristan; o que simplemente creamos ajenas las causas de las miles de mujeres que aún luchan en nuestro país y en el mundo para cambiar el orden de las cosas. La historia nos ha enseñado que el mundo ha sido imaginado y creado por los hombres, de nosotras depende ahora descubrir el rostro femenino de la historia.

Notas

¹ “Essai sur l’admission des femmes au droit de cité”, en: DUHET; Paule-Marie, *Las mujeres y la Revolución*, Barcelona, Ed. Península, 1974.

² “.../Habéis visto a Théroigne, la que ama la masacre, /Convocando al ataque a su pueblo descalzo, /Las mejillas y los ojos encendidos, representando su papel, /Y ascendiendo, con el sable en la mano, la escalinata real.../”, “Sisina”, Charles Baudelaire (1821-1867).

³ LAMARTINE, Alfonso, *Historia de los Girondinos*, Buenos Aires, Editorial Juventud, 1945, p. 493.

⁴ KELLY, Linda, *Las mujeres de la Revolución Francesa*, Buenos Aires, Editorial Vergara, 1989, p. 81.

⁵ *Ibid.*, p. 47.

⁶ LAMARTINE, Alfonso, *Op. Cit.*, p. 496.

⁷ Citado por KELLY, Linda, *Op. Cit.*, p. 137.

Isabel Cristina Cardona Sarasty es estudiante de Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia.